

te de ella, y hasta se es devoto ritualmente, pero cuán lejos de las palabras andan la intención y los hechos. Si el espíritu de Cristo animara a todos los que se llaman cristianos, la paz y el bienestar no estarían ausentes de nosotros. O falsificados y contentibles, que es peor.

Quejarse de la democracia porque no ha hecho la felicidad completa de los pueblos, se ha dicho con razón, es como quejarse de la religión porque aún no ha vuelto piadosos a todos los hombres.

Hemos creído siempre que a nuestra juventud debemos darle un mismo subsuelo espiritual y moral. Nada importa la diferencia de credos políticos cuando una misma actitud patriótica nos une. Sólo así las fuerzas contrarias podrán en un momento dado ser concomitantes para resolver los más hondos problemas de la nación. Menguado propósito el de quienes sólo quieren formar cuadros dirigentes de la juventud con fines sectarios: tuercen así el espíritu generoso de las almas jóvenes. Lo que hubiera sido noble pensamiento reflexivo de una colectividad promisoría queda así convertido en impulso de brigadas de choque que desvirtúan desde su inclinación el mensaje incólume que toda juventud ha de traer. Creemos que estamos todos de acuerdo al afirmar que cometemos crimen de lesa patria cuando envenenamos a la juventud en la prístina fuente de su conducta.

Si los hombres se diferencian sobre todo, por la índole de sus preocupaciones, mostrad, jóvenes de hoy, con vuestro pensamiento y actuaciones, que sois dignos de formar la clase eminente a la que por vuestros estudios tenéis derecho a pertenecer. Y no olvidéis jamás que el valor de una generación se mide primordialmente por el temple moral de los individuos que la integran. Tenéis que aspirar a que vuestra labor de esta hora pueda mañana mirarse como una tradición impugnable y noble. Habéis de esforzaros porque la realidad presente sea orgullo de vuestra generación y no mengua suya ni simulacro o escondite.

Os hemos encarecido que améis a la patria, que seáis patriotas, más el patriotismo no debe ser simplemente una idea que inspire bellas palabras sino sentimiento valeroso que lleve a egregias actuaciones. Habéis de levantar un pie de fuerza espiritual llamando a filas a la gente que todavía tiene fe en lo ideal y en sus ideales. Estamos en proceso de unificación y hemos de aprovecharlo en toda la posibilidad de su virtudes. La solidaridad, el compañerismo, son como nunca necesarios en la juventud, hoy día.

Un sentimiento hondo y humano, un sentimiento impregnado de generosidad y desinterés debe animarla en todo tiempo, interés debe animarla en todo tiempo, pero en este momento sobre toda otra hora. La juventud tiene que ser actividad, no agitación. Tiene que ser vitalidad creadora y no estéril y loco movimiento.

¿Qué va a ser de Colombia en los próximos treinta años? Lo dirá, con sus hechos, la juventud de hoy, vuestra juventud. Por algo han querido los políticos de recientes épocas apoderarse de la juventud: esto fue lo hecho por los dictadores de Italia y de Alemania; esto es lo que hace Rusia de hoy, y esto es lo que para el triunfo de nuestros ideales hemos de hacer nosotros también. Sólo que cuando nosotros decimos apoderarse de la juventud no pretendemos la imposición de nuestras ideas, sino precisamente la formación suya dentro de la libertad estimulando el espíritu de responsabilidad, y dándole el claro sentimiento de sus deberes para con la colectividad en que vive. Con el mismo fervor con que los dictadores crearon un medio adecuado a su perturbadora ideología, nosotros también hemos de aprovechar esta enseñanza y crear desde la escuela la mentalidad del hombre libre, consciente y responsable para su propio bien y el máximo bien de los suyos.

En efecto, los gobiernos totalitarios nos han dado gran lección. Adoctrinaron las nuevas generaciones desde su infancia, y los principios de su teoría quedaron sembrados en todos los espíritus y todos los corazones. La voluntad de llevar a término una idea tuvo éxito pleno. La democracia no debe olvidar esta lección. Ella ha de adoctrinar también a las nuevas generaciones con la generosa ideología que inspiran sus principios. Cuando protestamos contra lo que se ha llamado la inteligencia dirigida, no nos damos cuenta de que dirigir la inteligencia hacia altos fines ha de ser uno de los propósitos cardinales de la educación. Y no han de engañarnos los apelativos de escuelas que corren parejamente por su dogmatismo esclavizante con lo que Rusia incubó.

Se desenvolvía la última contienda universal en los campos de Europa, y al Conde Sforza, venido de la Universidad de Michigan, a exponer su pensamiento, le oímos, más bien que proferir, gritar estas palabras: "El nazismo y el fascismo no tienen filosofía. El oportunismo y el bandolerismo no la han tenido nunca. Para los dictadores es cuestión de

vida o muerte no dejar un resquicio por donde pueda penetrar la democracia. Que piensen todos en lo que significa dejar entronizar una dictadura". "Ved, exclamó con toda la fuerza de un alma convencida, "cómo hoy en Italia, ministros, embajadores, generales, almirantes, aún los profesores de la Universidad, tienen que ser personas gratas a Hitler, dictador de su país, y de media Europa, en esta hora de dolor para la humanidad. El despotismo se defendía antes con las armas. Hoy, agregaba, se defiende con las armas y la propaganda. Hay, pues, que formar el criterio de la juventud para que su pensamiento sea filtro y no simple máquina registradora". Y concluía el ilustre estadista con el recuerdo de la frase de Baltasar Gracián: "El peligro del enemigo radica no en que nos convenza sino en que nos contamine."

Tengamos en cuenta tan vibrantes y justas palabras, y tomemos, con pausa reflexiva, nuestras determinaciones. El mundo que hemos de crear no ha de ser precisamente un mundo que tenga por norma el ritmo de la velocidad a que podamos vivir, andar y producir, sino un mundo en que todos podamos tener la tranquila oportunidad de asegurar nuestra propia independencia, y la de servir plenamente a los demás en la total medida de nuestras posibilidades; un mundo en el que todos podamos hacer nuestro camino sin sobresaltos ni zozobras; un mundo en el que nos sintamos apoyados y protegidos mutuamente, y no víctimas los unos de los otros en persecución del mejor provecho que se pueda sacar de los demás; un mundo en el que no sólo haya intereses materiales, sino intereses espirituales y morales también.

La verdad es que, aún sin querer hacernos trascendentes, surge en el fondo de nuestra conciencia, en toda ocasión en que tratemos de analizar nuestra actividad, la pregunta de mayor momento que pueda ocurrirnos en el transcurso de la vida: ¿Para qué la existencia humana? ¿Para qué hemos venido a la tierra? A ciencia cierta, en cuanto lo terrenal, no lo sabemos, quizás no lo sepamos nunca, mas aquí estamos, y nos encontramos dotados de una razón que nos dice que sobre el planeta no seremos eternos, que nuestro paso será más o menos breve, brevísimo si consideramos la vastedad del tiempo. Pero ese lapso tan corto es el único de que podremos disponer, y lo que durante él hagamos va a determinar la eternidad de nuestro destino y el signo de nuestra eternidad.